

»Borromeo. Su herida era más profunda que la mía, y cuando se terminó la procesión, dicen los historiadores que no sentía mal alguno. Mi accidente no es nada en comparación de aquél; vuelva cada uno á sus niños, cumpliendo con su obligación». Todos obedecieron.

En efecto, á pesar del dolor, no le impidió aquello decir la misa todas las mañanas, y cumplir con todos los demás ejercicios de piedad. Los ardores de la canícula añadieron pronto á los padecimientos agudos de aquella herida la grave enfermedad habitual de todos los años. Aumentaba el mal interiormente sin que él lo manifestase exteriormente. El sábado, 1.º de agosto, acabó la misa con gran trabajo; era la última de su vida, y en lugar de detenerse en la acción de gracias como acostumbraba, se vió obligado á recostarse en la cama para descansar un poco, pues no había descansado la noche anterior, ni descansó más ni de día ni de noche. Agravándose el mal, no dijo misa al día siguiente, domingo, pero quiso levantarse para oírla en el Oratorio de los niños que estaba próximo á su cuarto. Comulgó llenando á todos de admiración con su piedad y devoción. Después de la misa pidió que rezasen todos una Avemaría para que el Señor le diera conformidad con su voluntad. Impresionados aquellos pobres niños la rezaron con todo fervor: era la última oración que les pedía, y la última vez que los edificaba. Retiróse á su celda, y quedó solo una hora entera, entreteniéndose con Dios. Después, llamando al P. García, su confesor, le habló largamente de los asuntos de su conciencia y de los del Instituto, entregándole todas las cositas que tenía para su uso, queriendo morir despojado de todo. Después de comer, fueron á su cuarto algunos Religiosos; se puso á hablarles de las grandezas de Dios y del Paraíso, de la gloria, de la Santísima Virgen, de los Angeles y de los Bienaventurados, con tal lucidez y alegría que parecía que estaba ya en el cielo. Fatigado con aquellas efusiones de su amor, sintió muchos calofríos, y se vió obligado á recostarse en la cama. A las dos llamó al P. Berro para que le ayudase á rezar Vísperas y Completas: era el Padre que rezaba con él todo el oficio, y continuó haciéndolo hasta el fin de su vida. Viéndole tan débil el P. Berro, le indujo á llamar al médico antes que arreciase el mal, pero José respondió: «Nuestro médico es Dios, el señor de todas las cosas, que dispone de la vida y de la muerte: en él debemos colocar toda nuestra esperanza. Esperemos á mañana, veremos como paso la noche, y haremos lo que sea necesario».

El tres de agosto, el P. Agapito veló al santo enfermo toda la noche: No había podido reposar un momento: todo el tiempo había estado hablando sobre el Paraíso y la visión beatífica, con un ser invisible á quien el Hermano había oído sin verle. Entraron los Religiosos, y le hallaron peor: él mismo estaba bien convencido, abandonándose, ante todo, á la santa voluntad de Dios. No pudiendo ya celebrar, ni aun oír la misa, hacía que se la le-

yesen todas las mañanas hasta que se lo prohibieron. Era tiempo de llamar á los médicos, Castellani, el antiguo médico del Papa Gregorio XV, amigo íntimo de José, y Pergnani, el médico de la Comunidad. No hallaron gravedad alguna. Es un mal de poca duración, dijeron; basta con recobrar las fuerzas agotadas por la edad, por los excesos de los ayunos y por las noches sin dormir: en dos ó tres días más podrá levantarse. Sonrióse José y moviendo la cabeza, dijo: Será lo que Dios quiera. Después que salieron los médicos quiso animarlo el P. García insistiendo en lo que habían dicho: el Santo respondió: «Cuando lo quiere Dios, los médicos no conocen la enfermedad: el mal está adentro, no pueden verlo, me encuentro mal: haga orar para que esté enteramente conforme con la voluntad de Dios: mi médico son Dios y la Santísima Virgen.» Anunció claramente que era mortal su enfermedad.

La noche del 3 al 4 la pasó tranquilo, descansó unas tres horas pasando toda la demás en oración. Conversaba con personas cuya voz no podía distinguir el Hermano, oyendo sólomente la del Bienaventurado que decía que era indigno de su presencia. En la mañana lo encontraron mucho mejor los médicos, y le ordenaron un purgante para acabar la curación. «Espero que Dios me limpiará de mis pecados, respondió José. Sin duda, respondió Castellani; pero haga lo que nosotros creemos que conviene, y déjese gobernar de nosotros. Si en tan avanzada edad quiere V. P. practicar todas las austeridades de la regla, los ayunos y las abstinencias, y añadir aún algunas según su devoción, el mal aumentará. No escuche su opinión, sino la nuestra.—Estoy en sus manos, hagan Vds. lo que gusten. Mi mal es una inflamación del hígado; se puede calmar con un unguento ordinario, ó aplicando la plancha de mármol, como lo han hecho Vds. otras veces con éxito». Estas palabras dieron qué pensar á los médicos, y después de haber consultado con el Padre Castells, enfermero muy experimentado, dejaron lo que habían ordenado para aplicar los remedios del Padre.

Todo el día hubo un desfile continuo de los principales personajes de Roma, lo mismo que los días siguientes que acudían á recibir noticias del enfermo. El Santo los recibía á todos con la afabilidad ordinaria revelándoles el estado de sus almas, y los sucesos de lo porvenir. Los Barberini, omnipotentes en el Pontificado anterior, estaban en guerra abierta con el Papa Inocencio X, y se habían refugiado en Francia para librarse de su indignación. Predijo á Mgr. Fiocentillo, Auditor del Cardenal Carmarlengo, hermano de Urbano VIII, que su Señor se reconciliaría muy pronto con Inocencio X, y sucedió así. En la tarde lo encontraron mejor aún los médicos, ordenando algunos remedios para hacer bajar el calor del hígado.

El día 5, parecióles que progresaba la mejoría; pero no lo creyó José: él se sentía á sí mismo, y se juzgaba. «El mal, decía, está adentro, no lo ven, porque ésta es la voluntad de



»Dios, y yo debo conformarme con ella. Le suplico que me dé la gracia de saber salvar mi alma».

El 6 era la fiesta de los Santos Justo y Pastor que el Santo había declarado patronos de sus Escuelas: ellos habían derramado su sangre por la fe de Jesucristo. La señora Victoria Gracchi tenía un hijo de 4 años, lisiado desde su nacimiento. Tenía una pierna torcida, y tan mal dispuestos los pies, que andaba sobre sus lados sin poder sentar las plantas. Plenamente convencida estaba aquella señora de que sería curado, si llegaba á tocar el Santo los pies de su hijo. En efecto, llevó un Padre el niño á la cama del enfermo. Tocó los pies José, y quedó curado el niño. Aquel mismo día, el P. Baldi, profesor de Retórica de San Pantaleón, hizo representar en el Oratorio por sus alumnos un drama que había compuesto en honor de los Santos Justo y Pastor. Entre los muchos invitados estaban el Cardenal Rospigliosi y sus sobrinos. Conociendo aquel Cardenal la enfermedad de José, dijo: «Triste es que esté enfermo un anciano tan santo. »Habéis de saber que es tan bueno que aun en medio de la persecución no ha querido exponer sus razones. Todos hemos estado maravillados viendo tanta bondad y tanta humildad, y cómo lo recibía todo de las manos de Dios. Digale V. R. que, si necesita algo, me lo pida, y que ruegue á Dios por mí». Refirieron esto al Santo, que contestó: «Se lo agradezco, y no pocas veces he rogado por Su Eminencia».

No fué del todo malo el día 6, y ya comenzaban á dar crédito á lo dicho por los médicos; pero en la noche siguiente aumentó con gran fuerza el calor del hígado, tuvo palpitations al corazón, y no descansó. Los médicos no le encontraban fiebre; sin embargo, uno de ellos propuso una sangría, y la aplicación de diversos remedios para aliviar el mal del hígado. Sin cambio alguno en los siguientes días, los médicos estaban completamente esperanzados, y José repetía: «No conocen mi mal: cuando Dios llama á sí, están ciegos los médicos, y no hallan los remedios que pudieran curar. Tengo fiebre, me muero de sed, y me privo de beber por amor á mi Dios. Pedidle para mí conformidad en su santa voluntad».

El día 10, fiesta de San Lorenzo, quiso comulgar, como lo había hecho casi todos los días, permaneciendo en ayunas á pesar de sus sufrimientos y de su ardiente sed. Todos los Religiosos acompañaron al Santísimo Sacramento. Les hizo el más patético discurso sobre la Sagrada Eucaristía, como si hubiera estado enteramente sano, exhortándolos á amarse los unos á los otros como hermanos, así como su Padre los había amado á todos tiernamente. Les prometió que rogaría por ellos en el cielo, á donde esperaba ir, asegurándoles que las Escuelas Pías recobrarían su antiguo grado de Orden Religiosa. «Amad, añadió, al prójimo por amor de Dios, rogad por mí, para que me conforme con la voluntad divina, como ruego yo por todos ausentes y presentes». Aquellas palabras fueron dichas con el

más tierno acento. Todos los Religiosos derramaban abundantes lágrimas. Después de la Comunión quiso José quedarse solo, con la puerta cerrada. El que le asistía oía la conversación con muchas personas que se le aparecían.

No cejaban los médicos: aseguraban que estaba completamente curado, y que se levantaría dos días después, cuando ya hubiera recobrado las fuerzas. «Será lo que Dios quiera; responda el Santo: me hallo bien, porque estoy contento.» En efecto, aquel día y los dos siguientes pudo soportar dolores menos fuertes; pero el 12 se apoderó de él el frío, mientras que lo abrasaba el calor interior. Halláronle peor los médicos, quisieron sangrarle, y lo difirieron por su mucha edad. El 13 y 14 no estuvo peor. El 15, el Cardenal Vicario envió á su ayuda de Cámara á preguntarle por su salud, ofreciéndole que le proporcionaría todo lo necesario para su alivio. José le dió humildemente las gracias, suplicándole que protegiese siempre su Orden, prometiéndole grandes recompensas de la Santísima Virgen, su fundadora.

Mientras cantaban los Religiosos la misa mayor de la Asunción, quedó con él un Clérigo profeso que había llegado de Palermo para Polonia: era de esos enfermeros que parecen hechos para ejercitar la paciencia de los enfermos. Sintió tan agudos dolores al hígado, que casi quedó desfallecido. Pidió á su guardián que le aplicase al costado una pancha ovalada de mármol de veinticinco centímetros de longitud que se pasaba primero por agua fría; era su único alivio. Tomó la piedra el Clérigo, la dejó caer torpemente en tierra, haciéndose tres pedazos. «Dios le perdone, Hermano, le dijo, José; hacía más de treinta años que me servía de esa piedra para mitigar mi dolor; ¡paciencia! quiere probarme nuestro Señor en esta circunstancia.» Entré sus reliquias se conservan aquellos tres trozos de mármol.

Parecía que eran bastantes sus sufrimientos físicos para ejercitar su virtud; pero Dios que para dentro de muy poco le tenía destinado un premio de valor infinito, quería probarle hasta el último momento con las torturas morales. Dislocábanse los restos de su Instituto: los más desgraciados eran los hijos á quienes más amaba, y los débiles se desalentaban. Quería le leyeran todas las cartas que llegaban dirigidas á él: todas eran desoladoras, y en el estado en que se encontraba, nada podía hacer para alentar á aquellos hijos. El 10 de agosto le escribían de Pisa: «Dos Padres están en cama con fiebre: hace quince días que hago dos clases á la vez para no cerrarlas. Gracias á Dios, estoy bien, debiéndolo á las oraciones de V. P.; pero no será posible que dure en este estado.» Lo mismo le escribían también de Cesena: «Nuestra cosecha va muy mal, como verá V. P. por el descuento que le enviaré. Aun salen peor nuestros vecinos.» El 18 le decían de Pisa: «Si V. P. no tiene personal, creo que habrá que cerrar las escuelas. Déme V. P. las órdenes que guste para avisar á la gente en el término de un mes, pues no hemos podido encontrar Maestros.» Y de Flo-



rencia el día 21. «Aseguro á V. P. que, si no nos envía auxilios, nos veremos obligados á cerrar esta casa. Haré cuanto pueda, pero no alcanzo á hacerlo todo solo.» Para hacerle beber hasta las heces el cáliz de los dolores, y para que muriera en la Cruz, le dió el Señor clarividencia de los grandísimos apuros, en que se había de ver su Orden durante ocho años. Con su espíritu profético veía todas las casas que sería necesario abandonar sucesivamente por falta de personal; todos los hijos que habían de salir del Instituto, donde no los retenía casi ningún lazo. Le habían precedido á la tumba sus perseguidores; pero producía los necesarios frutos aquella obra de destrucción tan friamente meditada, y ejecutada con tan ruin maldad. En aquellas dos últimas semanas le hacía gustar el Señor una parte del cáliz de Getsemani. A aquel Clérigo que hemos visto le cuidaba el día de la Asunción le predijo que había de salir del Instituto; y no solamente salió, sino que observó una conducta escandalosa, concluyendo por convertirse, y llegando á ser un buen sacerdote, porque rogó por él San José. Conocemos al P. Michelini, aquel Coadjutor que había causado á José tantas pesadumbres, haciéndose ordenar de sacerdote contra su voluntad. Había llegado á ser una gloria del Instituto por sus prodigiosos conocimientos en las ciencias exactas. Profesor primero de los hijos del Gran Duque; profesor después en la cátedra ilustrada por Galileo, y autor de muchas obras técnicas muy estimadas, nueve años después de la muerte de José, en su extrema vejez, cuando comenzaba á renacer el Instituto, habiendo causado no pequeñas turbaciones en otro tiempo, salió de la Orden, como se lo había predicho José; y sin embargo, cuanto sabía lo había aprendido por la solicitud y por los sacrificios de su Superior. El P. Francisco era hábil literato, autor de muchas obras estimadas, entre otras de un excelente Diccionario de Sinónimos. Salió cinco años después que se lo predijo José.

El domingo, 16 de agosto, quisieron sangrarle los médicos, respondiendo José. «Hagan lo que quieran». Se le abrió la vena, y experimentó al punto gran alivio; pero el mismo día le comenzó el frío, sucediéndose los calofríos con calor muy extenso. Auguraron bien los médicos diciéndole: «Ya puede estar satisfecho, hemos descubierto al enemigo, esto es, la fiebre, y la echaremos con remedios». Y respondió el Santo enfermo: «He tenido siempre fiebre, quedándome ya muy poca, estoy más contento que nunca preparando la marcha. Pido á Dios su gracia y su ayuda; en cuanto á los remedios, es inútil». Dicho esto, se manifestó más dispuesto que nunca, á hacer todo lo que prescribieran los médicos. A la mañana siguiente, 17, había cesado la fiebre; pero se abrasaba interiormente. Prohibiósele beber agua como á todos los calenturientos; y pidió humildemente permiso para refrescarse la boca, prometiendo que no pasaría una gota, cumpliendo su palabra, á pesar del ardor que lo consumía.

El martes, 18, quiso quedar solo después de la Santa Comu-

nión. En aquel momento le concedió el Señor una de las mayores gracias de su vida. Se le apareció la Santísima Virgen con todos sus Religiosos muertos hasta aquel día en número de doscientos cincuenta; todos se habían salvado excepto uno. María le consoló, le persuadió á que nada temiese, pues Ella le había protegido siempre, y le protegería, sobre todo, en la hora de la muerte. ¡Oh María, comenzó á exclamar: tened piedad de mí! y la Virgen le interrumpió, diciendo: «Ten confianza en mí, hijo mío.» Después desapareció, dejándolo conversando con sus Religiosos difuntos. Unos estaban de pie, otros sentados; quedaron con él largo tiempo comunicándole grandes consuelos. Cuando desaparecieron, exclamó José. «¿Dónde están los nuestros?» El Padre Berro que estaba para servirle detrás de la puerta, acudió al punto, diciéndole: «Unos en las Escuelas, otros en la Iglesia, y todos en su ocupación.» «No pregunto por esos, sino por los que ya murieron». Y le contó la visión. Entre tanto estaba muy deseoso de saber por qué estaban unos sentados, y otros de pie. Habló del asunto al P. D. Palamolla, célebre Barnabita, amigo muy antiguo. Oyendo este Religioso que estaba sentado el P. Landriani, concluyó que los sentados gozaban ya del Paraíso, mientras que los que estaban de pie, probablemente estaban aún en el Purgatorio.

Durante los siguientes días aumentó mucho más la fiebre, los dolores al hígado se hicieron más terribles, disminuyendo poco á poco las fuerzas: siempre seguían confiados los médicos sin recordar que tenía 92 años. Dábanle ánimo los Padres, excitándolo á la confianza, y José dijo: «Espero, sí, espero grandemente en la bondad de la Santísima Virgen; si ha obtenido perdón á tantos malvados y criminales, también lo obtendrá para mis pecados por grandes que sean». Le decían que estuviera contento. «Sin duda, contestó, que estoy contento, porque me confío á la bondad de Dios, mi Señor. Me ha dicho la Santísima Virgen que no dude de su continua asistencia, especialmente en la hora de la muerte. Sólo siento que la enfermedad me impide hacer los actos de devoción que desearía». La noche siguiente se le apareció otra vez la Santísima Virgen, tal cual la representa la estatua de los Montes, á donde tenía costumbre de ir en otro tiempo con mucha frecuencia, la misma que más tarde visitaba habitualmente nuestro santo francés, San José Labre. Tenía en sus brazos á su bendito Hijo, y le pidió que bendijera al enfermo. Como en aquel momento estaba más intranquilo que de costumbre por la suerte de sus hijos y de su Orden, le prometió que ella los protegería, que los guardaría, y que haría volver á florecer su Orden, levantándola y aumentándola. Habiendo llegado á visitarle muchos Padres el mismo día 19 de agosto, para animarlos, les contó José la visión de la noche anterior y todas las promesas de la Santísima Virgen. «Sed muy devotos de Ella, les dijo, y no dudéis; Ella será vuestra Madre y la Protectora de la Orden: obtendrá de su Divino Hijo lo que